Pragmatismo, un nuevo nombre para algunos viejos modos de pensar; conferencias de divulgación filosófica. Traducción de Vicente P. Quintero, con una nota preliminar de Jorge Luis Borges. Buenos Aires, Emecé, 1945

NOTA PRELIMINAR

Observa Coleridge que todos los hombres nacen aristotélicos o platónicos. Los últimos intuyen que las ideas son realidades; los primeros que son generalizaciones; para éstos, el lenguaje no es otra cosa que un sistema de símbolos arbitrarios; para aquéllos, el mapa del universo. El platónico sabe que el mundo es de algún modo un cosmos, un orden; ese orden, para el aristotélico, puede ser un error o una ficción de nuestro conocimiento parcial. A través de las latitudes y de las épocas, los dos antagonistas inmortales cambian de dialecto y de nombre: uno es Parménides, Platón, Anselmo, Leibnitz, Kant, Francis Bradley; el otro, Heráclito, Aristóteles, Roscelín, Locke, Hume, William James. El nominalismo inglés del siglo XIV resurge en el escrupuloso idealismo inglés del siglo XVIII; la economía de la fórmula de Occam, *entia non sum multiplicanda praeter necessitatem*, permite o prefigura el no menos taxativo *esse est percipi*. William James enriquece, a partir de 1881, esa lúcida tradición. Como Bergson, lucha contra el positivismo y contra el monismo idealista. Aboga, como él, por la inmortalidad y la libertad.

En la ubicua polémica secular de aristotélicos y platónicos, gozan los últimos de una incontestable ventaja; las conjeturas que proponen son singulares, increíbles e inolvidables. Parménides niega la variedad, niega el número, niega el tiempo y hace del intrincado universo una esfera inmóvil; para Platón, lo único real son las inconcebibles Ideas; Plotino, superando el principio de identidad, registra un orbe en el que cada cosa es todas las cosas, el sol es todas las estrellas, y cada estrella es todas las estrellas y el sol; Anselmo afirma un hijo que no es posterior a su padre y a quien le interesa la ética; Leibnitz afirma que no ves las letras de este libro, pero que antes de crear el universo, Dios ordenó que las concibieras en el preciso instante en que las miraras; Kant razona que el espacio y el tiempo son anteriores en la mente a cualquier percepción; Bradley niega todo influjo de A sobre B, porque ese influjo es un tercer término C, que para influir en B requiere otro término D, que requiere otro término E, que requiere otro término F... Tales conjeturas *pueden* ser ciertas; nadie negará que son asombrosas; quien las combate, corre el albur de parecer un representante del mero, insípido sentido común. James eludió ese albur melancólico, en este libro, en *The Will to believe* (1897), en *A pluralistic universe* (1909) y en *Some problems of Philosophy* (1911), combatió a Hegel y a los hegelianos Bradley y Royce y fue tan asombroso como ellos, y mucho más legible. La exigencia alemana de que un filósofo sea también un abominable escritor ha sido impugnada por Schopenhauer (*Parerga und Paralipomena*, 2, XXIII); como Schopenhauer, como Hume, como Berkeley, como Descartes, James fue un escritor admirable. El pragmatismo, gracias a él, alcanzó a principios de nuestro siglo un auge no menor que el del bergsonismo congénere y que el auge presente del psicoanálisis. No sin prodigio, James logró que un sistema en que prevalecen hipótesis tranquilas fuera no menos atrayente que las más fanáticas invenciones de la razón. (Increíblemente, el hecho de que Papini fuera divulgador del pragmatismo y profesara —décadas después— el fascismo ha sido esgrimido contra James.) Suele argumentarse que James ha supeditado la filosofía a la felicidad y a la acción; pero esa felicidad es intelectual, esa acción es noble.

Las soluciones medias son uno de los rasgos del pragmatismo. Vanamente, secularmente, los deterministas discuten con los partidarios del albedrío. Éstos afirman que es legítimo hablar de *posibilidades*, es decir, de hechos que pueden acontecer o no acontecer; aquéllos dicen que todo acto, por mínimo que sea, es fatal. Los estoicos enuncian la doctrina de los presagios, según la cual, formando un todo el universo, cada una de sus partes prefigura (siquiera de un modo secreto) la historia de las otras; el marqués de Laplace, hacia 1814, juega con el proyecto de cifrar en una sola fórmula matemática todos los hechos que componen un instante del mundo, para luego extraer de esa fórmula todo el porvenir y todo el pasado... James interviene; conjetura que el universo tiene un plan general, pero que la recta ejecución de ese plan queda a nuestro cargo. Nos propone así un mundo vivo, un mundo inacabado, cuyo destino incierto y precioso depende de nosotros, “una aventura verdadera, con verdadero riesgo” (*Pragmatism*, VIII). Para un criterio estético, los universos de otras filosofías pueden ser superiores (el mismo James, en la cuarta conferencia de este volumen, habla de “la música del monismo”); éticamente, es superior el de William James. Es el único, acaso, en el que los hombres tienen algo que hacer. Le falta la simétrica perfección de los epigramas, de los logogrifos, de los acrósticos, de los relatos policiales; más bien recuerda a la populosa novela o al multánime Shakespeare. “Lo que me agrada en este novelista —dijo, aludiendo a Dios, G. K. Chesterton— es el trabajo que se toma con los personajes secundarios”. En el imprevisible mundo de James no hay personajes que sean, *a priori*, secundarios.

El universo de los materialistas sugiere una infinita fábrica insomne; el de los hegelianos, un laberinto circular de vanos espejos, cárcel de una persona que cree ser muchas, o de muchas que creen ser una; el de James, un río. El incesante e irrecuperable río de Heráclito.

El pragmatismo no quiere coartar o atenuar la riqueza del mundo; quiere ir creciendo como el mundo.

Jorge Luis Borges